



Este artículo se encuentra disponible en acceso abierto bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International Licence

ARCHIVO VALLEJO

Revista de Investigación del Rectorado de la Universidad Ricardo Palma  
Vol. 4, n.º 8, julio-diciembre, 2021, 83-89  
ISSN: 2663-9254 (En línea)  
DOI: 10.31381/archivoVallejo.v4n8.5223

## La ventana, la calle, la tinta, el garabato... César Vallejo contra la realidad de su tiempo

The window, the street, the ink, the doodle...  
César Vallejo against the reality of his time

ANTONIO MERINO

Centro Internacional de Estudios Vallejianos

(La Habana, Cuba-Bordeaux, Francia)

antoniomerino58@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-6715-726X>



### RESUMEN

Vallejo es la síntesis y el resultado de sus acciones y su obra. Escribe sabiendo el compromiso que conlleva un reto. No improvisa, no siente la necesidad ni la necesidad de los arribistas que esgrimen la crítica con los argumentos ideológicos de cierta casta de empoderados.

**Palabras clave:** ideología; realidad; periodismo; ética; compromiso.

**Términos de indización:** ideología; periodismo; ética (Fuente: Tesouro Unesco).

## ABSTRACT

Vallejo is the sum and result of his actions and his work. Write knowing the commitment that comes with a challenge. He does not improvise; he does not feel the need or the foolishness of the careerists who wield criticism with the ideological arguments of a certain caste of the empowered.

**Key words:** ideology; reality; journalism; ethics; commitment.

**Indexing terms:** ideologies; journalism; ethics (Source: Unesco Thesaurus).

**Recibido:** 10/05/2021

**Revisado:** 25/07/2021

**Aceptado:** 10/11/2021

**Publicado en línea:** 27/12/2021

**Financiamiento:** Autofinanciado.

**Conflicto de interés:** El autor declara no tener conflicto de interés.

Es cierto que, a lo largo de los años, los llamados ensayos de César Vallejo, aquellos que trazan un recorrido dialéctico a través de toda su obra, han pasado «desapercibidos» bajo el peso de su poesía, su narrativa y, en menor medida, su teatro, recientemente publicado junto a sus facsímiles en una edición muy cuidada por la editorial Akal, bajo la dirección de quien suscribe este artículo. En este sentido, la vida del autor, su historiografía, el testamento vital de su paso por el tiempo que le tocó vivir, se juzga bajo el paraguas de las afinidades y las conveniencias. Esto es algo lacerante para un autor del que no podemos obviar las realidades del contexto histórico en el que vivió, dejando constancia, a través de sus escritos, de sus impresiones a pie de calle y su pensamiento convertido en un agitado diapasón experimental que nunca dio por clausurado.

No olvidemos, como parte de nuestra pedagogía hegeliana, que toda obra ha de sumar lo posible, lo imposible y lo predecible. En Vallejo esto se cumple en cada una de sus secuencias. Ante una obra tan compleja, profunda y densa, que apenas si abarca 20 años de vida, las vivencias y los procesos históricos están salpicados de borrones, tachaduras y renglones torcidos. No se escatima nada porque nada sobra. Todo se torna memoria y vida.

Por ejemplo, todas las crónicas y los artículos publicados por César Vallejo desde 1918 hasta 1938, en total no más de 264, pertenecen a su obra «no poética», al igual que su teatro, sus libros de viajes, sus ensayos políticos y su narrativa.

En este caso, tendríamos que preguntarnos por las causas que devienen de la crítica literaria y académica al desdeñar estos trabajos que, a excepción de su narrativa, apenas si se mencionan. Por ejemplo, en la parte que nos ocupa hoy, las referencias a sus artículos son breves notas al margen de otros textos, elaboradas por apenas cinco o seis autores como Aurelio Miró, Mario Schneider, Raúl Porras Barrenechea, André Coyné y Juan Espejo, además de las ediciones preparadas por Jorge Puccinelli y Enrique Ballón.

A veces pienso, a modo de reflexión, que si Vallejo no hubiera escrito un libro tan universal como *Trilce*, su figura y su obra hubieran pasado a ser una nota a pie de página de cualquier manual de literatura. Y esto es así por dos motivos fundamentales: primero porque, desde una cierta crítica academicista, sumisa a los cánones regeneracionistas de finales del siglo XIX y principios del XX, se trazó una gruesa línea donde el mundo del pensamiento crítico, sobre todo el periodismo (considerado como subgénero), y el mundo de la creación pura no gozaban del mismo crédito. Por otra parte, atendiendo a su producción «no poética», estas obras se han visto juzgadas y menospreciadas por su sesgo ideológico, trazado cuando Vallejo se declara

abiertamente marxista-leninista, funda la célula comunista del Perú en París, se afilia al PCE y dicta seminarios de dialéctica marxista a jóvenes como el poeta Arturo Serrano Plaja. También inicia sus viajes a la joven república de los sóviets, como si, en definitiva, la visión del mundo, su compromiso ético y estético conformaran un asunto menor que, como diría mi amigo Pavel Sorokin, parafraseando a un personaje de Nikolái Gógol, «no es tema para hablar en la mesa delante de los niños».

No olvidemos que el periodismo del siglo XX es el género que mejor define este tiempo de «entre guerras» y, por eso, no es difícil encontrar autores como Rubén Darío (a quien el periodista sevillano Alejandro Sawa le escribía sus crónicas y por las cuales jamás cobraría una peseta), Blasco Ibáñez (verdadero maestro del detalle), Víctor Hugo, Benito Pérez Galdós y George Orwell, quienes ofrecían por entregas las más disparatadas crónicas sobre la modernidad, los nuevos avances tecnológicos y el cosmopolitismo. Por una parte, aportaban un cierto valor y gusto literario a los nuevos lectores de la incipiente clase media y, por otra, desde la nueva industria cultural (nuevas revistas, nuevos sellos editoriales, etc.), se promovía a esos mismos autores que acabarían publicando en su entramado.

Vallejo ejerce el periodismo desde las tripas, valorando una situación económica que le permitiera vivir en París sin pasar penalidades, ya asumidas, desde que bajó del vapor Oroya para no regresar jamás a su Perú natal.

En este contexto tan contradictorio y esperanzador, Vallejo formula frases magistrales («el escritor que no es un farsante es un estúpido») o cincela personajes a golpe de pluma, como el que elabora sobre su amigo Juan Gris. Asimismo, transpira a través de los farolillos y las luces de los cabarés, se calza la historia subiendo las escaleras de Montmartre, se muda de ropa sin saber que no tiene más que la que se cepilla a diario mientras

observa, desde la ventana de su habitación, a un soldado sin piernas que luce orgulloso su medalla al valor prendida de una sucia chaqueta gris y pide limosna en el quicio del cafetín más cabrón de todo París, donde van a morir quienes jamás tuvieron sueños.

Todo este frágil andamiaje lo hace dudar de todo y de todos. No hay certidumbres, ni «marxistas gramaticales», ni falsos artistas abanderados de un proletariado al que solo han visto en los afiches del Metro. Crítico, implacable, dolido e impotente ante la injusticia social y la indolencia de muchos escritores atraídos, como pollos sin cabeza, por las sirenas de un nuevo orden mundial.

Vallejo escribe con el estómago y traduce sus palabras sin referentes ni modelos. Su trabajo se articula, dentro del imaginario actual, sobre aquellos temas que más pudieran concitar el interés de un público que necesita saber qué hay detrás de los escenarios de la vida: cultura, ciencia, política, viajes, pero también deportes, publicidad, la vida nocturna de París y música. Por su pluma pasan autores y artistas como Eisenstein, Cocteau, Gris, Picasso, Marinetti, Breton, Ibsen, Gorki, Pound, Remarque y Chaplin. La historia del mundo es recreada entre Montmartre y Montparnasse.

Vallejo se siente muy cómodo paseando por las callejuelas de la cultura. Artículos como «Literatura proletaria», «Ejecutoria del arte socialista», «Sobre el proletariado literario», «Obreros manuales y obreros intelectuales» o el implacable «Literatura a puerta cerrada» no dejan margen para la duda ni para su sentido ético de la vida y la literatura. En una magistral demostración de libertad, en contra de cualquier dogmatismo, Vallejo estrecha aún más su concepción de escritor libre de cualquier corsé político (nunca ideológico) señalando los alcances políticos que puedan ocultarse en su obra.

Es verdad que Vallejo, a diferencia de muchos escritores que ejercieron como periodistas, no enuncia sucesos o acontecimientos sociales, él los «destripa» para sacar de ellos lo peor del ser mundano. Hay artículos cuya atemporalidad bien podría trasladarnos a nuestra confusa y diletante actualidad; por ejemplo, «El congreso internacional de la rata» o «La prensa del escándalo». Así, la publicidad, el turismo, el deporte como espectáculo y negocio, las profesiones liberales, los embaucadores de palabras (Krishnamurti en versión Paulo Coelho), la falta de ética profesional (prensa amarilla, difamaciones, escándalos, etc.), todo se mezcla y todo tiene una hilarante y ridícula realidad que asume la sociedad entre bailes de salón y la exuberante riqueza de los diletantes y nuevos ricos que se asoman a través de las ventanas de sus coches para observar la miseria de quienes algún día seguirán dando sus vidas en pos de símbolos y banderas que no entienden.

Vallejo es suma y resultado de sus actos y su obra. Escribe sabiendo el compromiso que supone tamaño desafío. No improvisa, no siente la necesidad ni la necedad de los arribistas que esgrimen la crítica con los argumentos ideológicos de una determinada casta de empoderados.

Resulta imposible estudiar la vida y la obra de César Vallejo alejadas de su visión del mundo. No podemos seguir alimentando la imagen del «mesías redentor», la «cosmogonía evangélica» y la «presencia del componente divino», porque entonces seguiremos hablando desde los cenáculos académicos de un Vallejo «ramplón y pedestre», sin darnos cuenta de que su obra camina a contracorriente, es decir, en contra de la economía académica. Es más, si sacamos a Vallejo de esta estulticia que venimos soportando, no tendremos que escuchar bochornosos discursos negacionistas sobre su ideología y su visión del mundo ni reprocharle a su viuda, Georgette Philippart de Vallejo, las

supuestas «arbitrariedades» a la hora de presentar su obra póstuma. Resulta indecente hablar, durante más de cuarenta años, de una mujer con el menosprecio y la burla a los que fue sometida hasta el mismo día de su fallecimiento, cuando en realidad sus únicos «delitos» fueron el haber nacido mujer en un tiempo mezquino y ser extranjera a los ojos de quienes no la respetaron y le negaron sus derechos.